

EL BARRIO DE LA ESTACIÓN

LUIS
ANTONIO
SANZ
ESTERAS
(LUISAN)



EL
BARRIO DE LA ESTACIÓN
DE
GETAFE

I - El Barrio

Habían pasado algunos años desde nuestra llegada a Getafe y yo ya correteaba por aquellos lugares junto con mi hermano Lamberto y mi hermana Mari Tere. El barrio seguro que había cambiado desde entonces, pero yo voy a contar cómo estaba, cuando comencé a conocerlo por mí mismo.

Al barrio se llegaba por la calle Ramón y Cajal, que subía desde la calle Madrid superando un pequeño desnivel haciendo una suave pendiente, que conducía directamente a la puerta principal de **la Estación del Ferrocarril**. No tenía continuación, acababa en la Estación.

Había, sin embargo, un acceso para camiones al **muelle de la estación** al final de la calle, teniendo que franquear una gran puerta metálica, que cuando estaba abierta nos servía a los chiquillos como entretenimiento, balanceándonos subidos a ella ya que giraba en abanico sobre su enorme bisagra.

A medio camino, en la acera de la derecha de la calle de Ramón y Cajal, salía la calle de Jacinto Benavente larga y recta, sacándote del pueblo camino de la pequeña barriada de “El Bercial”. Era la calle más importante del barrio.

La Fábrica de Harinas en la calle de Ramón y Cajal era un edificio de ladrillo rojo mate oscuro con dos portales enormes de entrada y con un patio grande interior, hasta donde entraban los camiones para descargar el trigo que traían en sus desvencijadas cajas cargadas hasta arriba. Los chavales del barrio los esperábamos en las inmediaciones del Cine Palacio subíamos montados en los topes traseros de los camiones, hasta llegar casi a las puertas de la fábrica, donde descargaban el trigo y la cebada que transportaban.



La Fábrica de Harinas (Chaflán, Ramón y Cajal con Jacinto Benavente)

A la izquierda de la calle de Ramón y Cajal y a la misma altura de la Fábrica de Harinas debió de haber en tiempos **una barbacana (del árabe “barbaj-jana” fortificación ante una puerta)**, pero en ese tiempo era un solar maravilloso en el que se iban a realizar todos mis sueños de niño. Allí jugábamos al fútbol en partidos interminables, a las chapas, al peón, a la lima, a las bolas, a pídola, a luz camarera, al pañuelo, al bote bolero y a tantos y tantos juegos. Era **“la BARBACANA de Getafe”**, un lugar de ensueño que no olvidaré jamás y que como yo todos los muchachos de ese tiempo y ese barrio lo tendremos como uno de nuestros mejores recuerdos.

La Estación daba nombre al barrio. El edificio era como la mayoría de las estaciones de ferrocarril que había a lo largo y ancho de nuestra geografía, de planta rectangular construido en piedra y revoco con ribetes en sus aristas y rematada con ladrillos en sus puertas y ventanas. En el frontal tenía un andén amplio y en el tejado, entre sus tejas, cientos de gorriones hacían sus nidos dándole al lugar, si cabe, un aire más campestre y pueblerino. Una pequeña puerta daba entrada a las dependencias del jefe de estación y a su lado una gran cristalera tras la que se veían los cambios de vías que se accionaban desde allí.



Estación del Ferrocarril (Estación Corta)

El jefe de estación solía salir de su oficina impecablemente vestido con su chaqueta azul oscuro, su gorra roja y un banderín rojo sin desplegar, que utilizaba para dar la salida a los trenes, haciendo sonar al mismo tiempo un silbato. A veces, cuando la hora de partida o de paso de la estación del tren era nocturna, se ayudaba con un farol que movía balanceándolo de un lado a otro con el brazo extendido.

La estación tenía dos vías principales cercanas al andén y dos más que servían para las maniobras de aparcamiento de los trenes de mercancías. Había también una vía que llegaba hasta **el Edificio del Muelle** y que utilizaban los trenes de mercancías para cargar y descargar. Entre las dos vías principales y el resto de vías había unas grandes moreras y otros árboles inmensos que le daban a la estación un aire más rural, si cabe, y que estaban enfrente de la puerta de acceso al andén, a derecha e izquierda del camino que subía al cementerio del pueblo, situado en el barrio de la Alhóndiga entre las fábricas de Vidaurreta y Ericsson.

En medio del andén y anclado a la pared del edificio principal estaba el reloj. Un reloj verde precioso, idéntico a otros que todavía quedan en antiguas estaciones de ferrocarril. También recuerdo una placa ovalada de bronce de color verde adosada a la fachada, en la que se podía leer la altitud sobre el nivel del mar en Alicante a la que estaba situada la estación. Creo recordar que la altitud que allí figuraba era de 655 metros.

Al lado del edificio principal se construyó años más tarde la cantina, una especie de adosado de construcción sencilla, con un emparrado en la parte posterior, donde en el verano se echaban partidas de cartas, con unos vasos de cerveza y unas berenjenas de Almagro, a la sombra de la enredadera que cubría las mesitas de madera.

Un poco más alejados del edificio de la estación, a escasos treinta metros, estaban los urinarios o “los váteres” como los llamábamos los chiquillos que jugábamos en sus alrededores. ¡Cuántas veces habremos jugado allí al escondite!

Los trenes llegaban a la estación con puntualidad relativa, pero nosotros sabíamos los horarios y mucho antes de que los trenes llegaran a la estación decíamos, ¡ahí viene “el Toledo”!, o ¡ese es “el Badajoz”! o quizá el que salía era “el Tranvía” que unía Getafe con Madrid.

Los trenes eran preciosos. Las máquinas echaban humo por sus chimeneas y hacían un ruido tremendo al soltar el vapor cuando se ponían en marcha. Las ruedas enormes resbalaban por los raíles, hasta que se agarraban a ellos avanzando pesadamente.

Los vagones del “Tranvía” de Getafe eran de madera con asientos de listones paralelos dejando huecos entre ellos, como un enrejado, haciendo que terminaras del viaje más cansado que si hubieras ido de pie. Eran vagones de “tercera” y para identificarlos tenían tres unos en números romanos en el exterior del vagón, muy cerca de las escaleras de acceso. Los vagones de los trenes de largo recorrido eran mucho más confortables, haciendo diferencia entre los de “primera” y “segunda”, identificados también de la misma manera en la parte exterior con un uno o un dos en números romanos.

También circulaban por aquellas vías numerosos trenes de mercancías, trenes cargados principalmente de cereales o simplemente cargados de carbón en grandes bloques cuadrados o en bolas de gran tamaño, que algunos vecinos sin recursos robaban cuando los ferroviarios estaban descuidados. Recuerdo haber oído a los mayores hablar de un grupo organizado, para robar el carbón de los vagones de mercancías, que se llamaba “la Unión Carbonera”. Parece ser que el sistema que utilizaban era que uno de ellos se subía al vagón del carbón cuando el tren iba en marcha y ya había salido de la estación, arrojaba los bloques de carbón fuera del vagón y los compañeros los iban recogiendo del suelo. Eran tiempos difíciles para todos y este era un medio más de salir adelante.

Las vías en dirección Toledo conducían, tras una lenta maniobra, al muelle donde los trenes de mercancías soltaban su carga o recogían la que allí se había almacenado para transportar. El muelle era un edificio grande a modo de almacén en el que en su tejado anidaban los gorriones y los vencejos. Los chavales subiéndonos por los canalones que bajaban desde el tejado tratábamos de cogerlos aun a riesgo de sufrir algún arañazo en las manos.

Había tres pasos a nivel con barrera, uno situado antes de llegar a la estación, a la altura del final de la calle Jacinto Benavente, otro en el cruce de la calle Leganés y un tercer paso a nivel en el barrio de San Isidro al final de la calle Toledo, pero este estaba muy alejado del entorno de la estación propiamente dicha.

La Estación en su conjunto era un lugar especial, un espacio lleno de vida, un sitio en el que pasaban cosas.

II – La Calle Jacinto Benavente

La calle de Jacinto Benavente era, como he dicho antes, la calle más importante del barrio, era su columna vertebral. A un lado las casitas de una y dos plantas y al otro los pabellones, unos bloques de pisos, muy grandes para aquella época, que dieron cobijo de golpe a decenas de familias de otros lugares principalmente de los pueblos de la Mancha y de Toledo.

En el comienzo de la calle estaba **la casa de Don Rufino**, un maestro de los de antes, hombre de pocas palabras, que andaba casi siempre a vueltas con su jardín. Un poco más adelante y lindando con el patio de Don Rufino, **la peluquería de Copete**, el cojo, del que decíamos que cada vez que daba la vuelta a la silla cojeando te hacía un trasquilón. Justo al lado, pared con pared, estaba **la tienda de ultramarinos del Sr. José**, que regentaba junto con su mujer Sofía, un matrimonio que vino de un pueblo de Toledo para hacer una mejor vida en Getafe. A la izquierda, nada más franquear la puerta, había una caja redonda con los arenques colocados cuidadosamente. Enfrente de la entrada pegados al mostrador había unos sacos abiertos con judías, garbanzos y lentejas que se vendían a granel y junto al mostrador el dispensador de aceite, un émbolo con una manivela que a todos nos resultaba muy curioso en verdad.

Si entrábamos en la tienda y ellos estaban en la trastienda en ese momento, se solía decir en alta voz **¡a despachar!**, golpeando al mismo tiempo con la palma de la mano en el mostrador. Entonces salía el Sr. José, solícito aunque parsimonioso, preguntando a los clientes ¡qué querían!

Siguiendo en la misma manzana, y haciendo esquina con la calle Quevedo, estaba **el Bar Alegría**, un bar amplio con la barra a la derecha y un grupo de mesas ocupando la sala, esperando que en ellas se distribuyeran las cartas o se movieran las fichas de dominó sobre sus mármoles. Era éste el bar adonde iban todos los vecinos del barrio, no había otro tan importante en aquella parte del pueblo. Tras la barra estaban “el Chiqui”, “el Flores” y Germán que era el pequeño de los tres hermanos. Eran hermanos también de Sofía y por tanto cuñados de José el de la tienda de ultramarinos. Fue en ese bar donde se instaló el primer televisor del barrio. Los hombres iban allí a ver el Tour de Francia, cuando Bahamontes era “el rey de la montaña”, e incluso un año, en 1959, llegó a ganarlo.

Recuerdo, como si lo estuviera oyendo ahora, que Flores con una voz cantarina pero al mismo tiempo autoritaria decía, **“los niños que no estén con sus padres, que se vayan con sus madres”**, echando así a la chavalería que ocupaba sitio y no consumía y liberar un poco de espacio ya que el bar estaba cada tarde completamente abarrotado.

El Bar Alegría fue para nosotros los chavales, una vez pasada la niñez, un punto de encuentro y reunión donde contar nuestras historias, apoyados en la barra tomando al tiempo un corto de cerveza con una banderilla de aceituna y boquerón.

A la vuelta de la esquina y ya en la calle Quevedo, estaba **la carbonería del señor Juan**, donde él y su mujer Ciriaca despachaban carbón al vecindario. Un poco más adelante, haciendo esquina con la calle Cubas, estaba **la tienda de “la Boni”**, tienda en la que ayudaban sus hermanos, hijos todos del señor Juan el de la carbonería. En la tienda vendían productos de alimentación, frutas y verduras de temporada. Años más tarde sería Juanito el que se hiciera cargo de la tienda, cuando “la Boni” la dejó, pasando a llamarse **la tienda de Juanito el hermano de “la Boni”**.

Casi enfrente, en la misma calle Quevedo, estaba **la casa de “la Gila”**, una casa de comidas a la que acudían a comer los obreros de la construcción que trabajaban en el barrio, o los que simplemente iban allí a echar un trago de vino. También estaba **la bodega de la Toledana** en ese mismo lado de la calle Quevedo. En esta calle, casi esquina con Jacinto Benavente, estaba **la casa de la señora Pilar, una anciana que hacía barquillos** y los vendía por el barrio.



(Calle Jacinto Benavente con calle Quevedo en la actualidad)

Volviendo a la calle de Jacinto Benavente, un poco más adelante estaba **la vaquería de la señora Milagros**, una casa grande de aspecto descuidado, con un enorme corral donde tenían unas cuantas vacas, que llenaban todo aquello de porquería e inundaban aquella zona de la calle con ese olor característico procedente de los animales.

Lindando con la vaquería estaba **la carbonería del señor Nemesio**, un recinto pequeño al que se accedía cruzando una pequeña puerta, tras la cual estaba almacenado a la derecha, llenando todo el espacio hasta el fondo de la carbonería. Casi todo era carbón de piedra, que se utilizaba en las cocinas para cocinar y calentar las casas, excepto una pequeña cantidad de carbón de encina, “el cisco”, que estaba en un rincón y que se usaba en los braseros que se ponían generalmente en los cuartos de estar. Más de una vez nuestra madre nos mandó a mis hermanos o a mí a comprar un par de kilos de “cisco” para el brasero que teníamos bajo la mesa camilla del cuarto de estar.

Girando a la derecha, pasada la carbonería, se entraba en la calle Griñón, donde había un par de tiendas: **la tienda de la señora Felisa**, una tienda de comestibles adonde mi madre solía mandar a mi hermana a hacer las compras más habituales.

Había también **una carnicería** y entre mis recuerdos más escondidos está el de haber pedido, por encargo de mi madre, el arreglo para el cocido que se hacía varias veces a la semana. En aquellos tiempos, además del cocido, que a mí particularmente no me gustaba, era muy común comer judías y lentejas un día de la semana, dejando para el sábado y el domingo los macarrones y el arroz.

En la misma calle, años después, se abrió **la Bodega de “la Martina”** propiedad de una familia que había venido de un pueblo de Santander.

Siguiendo por el recorrido de la calle de Jacinto Benavente, y todavía en la acera de la derecha, llegamos a tres casitas de planta baja donde en una de ellas pasé veinte años de mi vida junto con mis padres y hermanos.

A continuación incluyo un fragmento de una poesía que hice hace algún tiempo y de la que he rescatado unos versos que se refieren a esa casa:

En Jacinto Benavente, al final, tres casas bajas. Nuestra casa es la del centro, con una parra en la entrada. En el patio hay una higuera, una acacia y otra parra, rosales y periquitos y filas de lirios malva. Allí vivían mis padres y mi hermano y mi hermana. Nuestra casa era la del centro, ¡era la mía!, ¡mi casa! (Ya no existe la casa)

A la vuelta de mi casa, mejor dicho a la vuelta de la casa de “la Raquel”, la vecina, había un campo de trigo, aunque algún tiempo después aquello se convirtió en un solar, donde recuerdo que había una gran piedra de trillar abandonada, ya con el eje un poco oxidado, donde los chavales jugábamos a subirnos y bajarnos tantas veces como de lo que éramos capaces.

Más adelante, a unos metros de allí en un camino que salía a la derecha, estaba **la casa de Doña Rosa**, una señora elegante y distinguida, que más que una casa era una finca con un enorme jardín lleno de árboles en el que había unos estrechos paseos formados con setos de aligustre. Sin lugar a dudas era la mejor casa del barrio.

Pegada a la casa de Doña Rosa estaba **la Fábrica de Mimbres**, donde se hacían todo tipo de objetos de mimbre, mesas, sillas, cestas y un sinfín de otros objetos de adorno. Más de una vez anduve por ese recinto, jugando con el hijo de uno de los empleados de la fábrica, que hacía de guarda y de jardinero, y vivía allí en una vivienda aledaña.

Bordeando estas dos casas, serpenteando, salía un camino que iba en dirección al barrio de Artillería, dejando a un lado unos montículos oscuros, a los que llamábamos “**las montañas del cacao**”, que no eran otra cosa que los deshechos de fabricación de una fábrica cercana, donde solíamos subirnos a jugar y deslizarnos por sus laderas.

Por ese lado de la calle no había nada más, todo era un gran descampado hasta llegar a **la fábrica IBYS de productos químicos**, que estaba al final donde había un portalón de entrada del personal que se encontraba justo donde las vías del tren se cruzaban con la calle.

Un estrecho camino que venía desde casi el andén de la estación paralelo a las vías y a la valla de la fábrica de menos de un metro de ancho nos llevaba, más adelante, a **la casilla y al paso a nivel con barreras** que había en el camino que iba desde Artillería a las huertas de la zona y al barrio de El Bercial y que bordeaba la fábrica por el lado opuesto.

La calle de Jacinto Benavente, en su lado izquierdo, empezaba con **una gran pared de ladrillo rojo oscuro**, que pertenecía a la fábrica de harinas, donde los chavales jugábamos al frontón sin tener que preocuparnos de los vehículos que pasaban por allí. Todo lo que teníamos que hacer, si eso ocurría, era interrumpir el partido y continuar una vez los coches o camiones hubieran pasado.

Separado de la fábrica con un espacio estrecho a modo de calle, se levantaba un primer pabellón de viviendas de tres portales con cuatro plantas cada uno, en las que a derecha e izquierda de las escaleras se distribuían los pisos de los vecinos.

Para aquellos tiempos aquel edificio era enorme, ya que la mayoría de las casas del pueblo eran de una y dos alturas. Por este motivo le llamábamos el “**pabellón de Corea**”. En el primer portal vivían mis amigos Luis, Hilario y los hermanos Juan y Paco Parra, en el segundo Aurelio Rodero, Julián, Antonio y Ramón Montejano; allí vivían también Lorenzo, Víctor y Julián Rico amigos de mi hermano y, por último, en el tercer portal vivían Toñi, Gregorio, Esteban y Heriberto Carrasco que completaban las pandillas de chicos del “pabellón de Corea”.

Una finca llena de higueras seguía a continuación, y de un esqueje de una de ellas saldría más tarde la higuera que creció en el patio de casa y que tantos higos nos dio.

En aquella finca se construyeron años más tarde **otros dos pabellones**, paralelos a la calle y perpendiculares al primer pabellón. Recuerdo cuando se construyeron de haber jugado por las plantas superiores, aún sin terminar, cuando no había escaleras entre los pisos y se subía por unos ladrillos a modo de escalones. Teníamos cuidado de que no nos viera Corroto, el guarda de la obra, que lanzando cascotes y dando grandes voces nos echaba de allí cuando detectaba nuestra presencia.

Por último, algún tiempo después, se construyó **el cuarto pabellón**, donde vinieron a vivir empleados de Lanz Ibérica (la fábrica de tractores), que estaba a poco más de doscientos metros de aquel pabellón.

Aún recuerdo el sonido de su sirena cuando, unos minutos antes de cada turno, sonaba y sonaba rompiendo el silencio natural del barrio. Para los vecinos aquella sirena era una referencia. Cuando sonaba la sirena a mediodía, ya sabíamos que era la hora de comer, porque sonaba puntualmente a las dos de la tarde.

Este pabellón perpendicular a la calle, situado enfrente de mi casa, lo llamábamos **el “pabellón de Lanz Ibérica”** o también el de “los Mekones” porque en uno de los portales vivían unos hermanos a los que les pusimos ese mote que venía del Mekong, un personaje de los tebeos de Diego Valor muy populares en ese tiempo.

En estos pabellones vivían algunos de mis amigos con los que aún mantengo una gran amistad, así puedo citar a Julián y Jesús Catalina, Aurelio Álvarez, Paco Brazales, Esteban López, José María Sierra, Raúl Añíbarro y Antonio Sánchez.

En las demás calles que componían el barrio vivían también algunos amigos como Jaime Mondéjar, Juan Seguido, Ezequiel López, Julianín, Antonio Heras, Carlos Marina, Fernando de Mingo con los que también compartí grandes momentos de mi niñez y adolescencia.

A continuación, y siguiendo la acera, había unas casas bajas casi al final de la calle y después un descampado hasta la fábrica de productos químicos. Pasada la casa de doña Rosa, en el otro lado de la calle, en un gran descampado que llegaba hasta las tapias de la fábrica, había unos grandes algarrobos y una noria abandonada. **En aquellos terrenos, años más tarde, se construyeron unas casas de pisos, donde mis padres pasarían los últimos años de sus vidas.**

Volviendo otra vez a la Estación, de ella salía **el Paseo** que descendía hacia el centro del pueblo, haciendo una suave curva a la altura de la puerta del **Colegio de las Monjas Pastoras**, y luego continuaba recto bordeando la tapia del colegio y **el Jardín de los Escolapios**, dejando a un lado **“la Barbacana”** y al otro **“la Recotina”**, y más adelante a la izquierda del paseo algunas casas bajas formando un par de calles, hasta desembocar en la calle de Felipe Estévez.

A todo lo largo del paseo dos filas de acacias y algún algarrobo además de unos cuantos bancos colocados estratégicamente hacían muy agradable el paseo por aquel lugar. Allí muchas tardes de verano nos refugiábamos bajo los árboles, sentados en un banco, cantando las canciones de ese tiempo acompañados de una guitarra que manejaban, con cierta soltura, algunos de los chicos de la pandilla.

Aquellos fueron, sin duda, momentos mágicos que hoy se convierten en entrañables, que me alegran y entristecen a la vez.

III – Nuestra Casa (en el nº 14 de Jacinto Benavente)

Mis padres habían alquilado una casita baja con jardín y con patio, era el año 1944, situada a las afueras del pueblo en el barrio de la Estación. La casita entre otras dos idénticas a ella, tenía un pequeño jardín en la parte delantera que daba a la calle y un gran patio en la parte posterior.

En el jardín de delante teníamos una parra, que daba sombra a la puerta de entrada, de la que colgaban los racimos de uvas que durante el verano decoraban aquella parte del jardín, antes de que sirvieran de postre en los meses de Agosto y Septiembre. A un lado y a otro del pasillo de acceso a la casa, construido con unos pedras de pedernal, había dos filas de lirios que, allá por Semana Santa, se cuajaban de flores moradas como queriendo acompañar las celebraciones religiosas en las que se utilizaban telas de ese color para tapar los altares.

En medio de uno de los dos lados del jardín había un rosal que en primavera se cuajaba de rosas que desprendían un intenso olor y que a mi madre gustaban tanto. Una enredadera de “polígano” cubría gran parte de la valla del jardín, tapando los barrotes con la maraña de tallos e infinidad de ramilletes de flores blancas.

La casa tenía un pasillo muy largo que iba desde la entrada hasta el patio, dejando a un lado y a otro las habitaciones y el comedor. Las dos habitaciones que daban a la fachada tenían unos ventanales alargados muy grandes que casi llegaban al suelo y unas contraventanas de madera tallada con cuarterones. En una de ellas estaba el comedor y en la otra estaba la habitación de mi hermana Mari Tere. A continuación y a ambos lados del pasillo otras dos habitaciones, una de dormitorio para mis padres y la otra para mi hermano y para mí. La cocina, el cuarto de baño y el cuartito de estar se asomaban al patio posterior, desde donde pasaba la luz de las mañanas a través de los barrotes de las ventanas.



(Los tres hermanos en la puerta de casa)

La casa era muy grande pero extremadamente fría. La vida se hacía prácticamente en la cocina, donde una “cocina económica” nos daba el calor mínimamente necesario para no congelarnos de frío, arrimados a las placas que tenía el fogón. También utilizábamos el pequeño cuarto de estar, donde mi madre preparaba un brasero bajo una mesa camilla, que estaba en el centro de la salita y en su derredor unas sillas que completaban el mobiliario.

Nos pasábamos horas y horas en las frías noches de invierno, oyendo la radio en la cocina, o con nuestra madre limpiando lentejas de bichos y piedrecillas, o quizás ayudándola a devanar una madeja de lana para que ella, moviendo con rapidez sus delicadas manos algo ajadas por el asperón, fuese haciendo el ovillo del que saldrían los jersey para mis hermanos y para mí, que tanto se agradecían en invierno.

En el patio teníamos otra parra, junto al pozo que estaba en el centro, que daba unas uvas que no eran muy dulces, pero que nos servían de postre cuando no había otra fruta mejor. Había una acacia alta y alargada, plantada casi al fondo del patio, de cuya sombra no pudimos disfrutar mucho, porque se escapaba hacia el patio del vecino, cuando el sol más rabiosamente apretaba.

Teníamos también una higuera enorme, procedente de un esqueje de otra higuera de una finca colindante, de la que recogíamos cientos de higos cada verano, subiéndonos a sus ramas o desde el tejado del gallinero que había al final del patio.

En el gallinero guardábamos las gallinas que durante años criamos y que nos proporcionaron algunos huevos cada día. Los gallos nos sirvieron de cena en “las Nochebuenas” en aquellos tiempos en los que no había casi de nada y los gallos eran un codiciado manjar.

Junto a la casa, pegadas a la valla que nos separaba de la casa de la vecina, unas matas enormes de periquitos alegraban la vista y perfumaban el ambiente con su aroma dulzón en las noches de verano. Todavía hoy podría hacer un plano casi perfecto de aquella casa y de todos sus rincones.

Había otras dos casitas junto a la nuestra. En la primera, en el número doce, vivía la señora Fidela, una viuda con aspecto de vieja de tebeo, que te condicionaba por su aspecto a tratarla con mucho respeto, yo diría que hasta con miedo. La señora Fidela vivía con su hija Soledad, una chica alta y robusta con la que yo no tuve ningún trato porque era bastante mayor que yo.

En la otra casa, la del número dieciséis, vivía una familia formada por un matrimonio con dos hijos, “la Raquel” y “Fito, el peluquero”, así como un primo de estos que se llamaba José. Nosotros decíamos que era la casa de” la Raquel”, que así se llamaba la hija, los padres eran los padres de” la Raquel” y el hermano era el hermano de” la Raquel”.

Los recuerdos que tengo es que nunca nos llevamos bien con la señora Fidela, supongo que por esas cosas triviales, que tanta importancia tienen, por las que unas personas no se hablan con otras y tampoco están dispuestas a dar su brazo a torcer. Sin embargo, la relación con la familia de “la Raquel” si fue agradable y duró bastantes años. Yo aún recuerdo haber pasado a esa casa muchas veces y haber jugado a menudo en su patio. Más tarde, seguro que por algún pequeño problema entre nuestros padres y ellos, la relación se enfrió y así estuvimos durante años.

Nuestra casa estaba situada en la calle de Jacinto Benavente que, a pesar de estar muy retirada del centro, era una de las más importantes, aunque he de decir que en invierno la calle era un inmenso barrizal como casi todas las de Getafe. Si la calle Jacinto Benavente era importante en el pueblo, en el barrio de la Estación era la calle principal, era su “Calle Mayor”, era “La Gran Vía” del barrio.



(Edificio actual del lugar)

Reflexión

Este es un pequeño viaje en el tiempo, que trata de acercarnos a nuestro pasado, rescatando unos lugares comunes para muchos de nosotros y otros más íntimos que se refieren a mi casa, que hacen que esta historia sea una ventana de nuestras vidas a la que de vez en cuando nos asomamos. Este pequeño viaje en el tiempo es para disfrutarlo junto con vuestros recuerdos.

Luis Antonio Sanz – Marzo 2014

Revisado - Febrero 2016